Especulando II

Nombre:

Lea el siguiente texto:

Pero volvamos atrás: el problema del otro origen de lo «bueno», de lo bueno tal como lo ha imaginado el hombre resentido, reclama su conclusión. No es sorprendente que los corderos guarden rencor a las grandes aves rapaces: sólo que no hay en ello razón alguna para reprochar a la gran ave rapaz que se apodere de los corderitos. Y si los corderos se dicen unos a otros: «estas aves rapaces son malas; y quien sea lo menos posible un ave rapaz, quien sea más bien su opuesto, un cordero…, ¿no será bueno, acaso?», no hay nada que objetar a esta instauración de un ideal, aunque las aves rapaces lo contemplen con cierto aire de burla y tal vez se digan: «nosotros no les guardamos rencor a ellos, a estos buenos corderos; incluso les amamos: nada hay más sabroso que un tierno cordero». Exigir a la fuerza que no se manifieste como fuerza, que no sea un querer sojuzgar, un querer derribar, un querer dominar, una sed de enemigos y resistencias y triunfos, es exactamente igual de absurdo que exigir a la debilidad que se manifieste como fuerza.

Un *quantum* de fuerza es un *quantum* (cantidad) equivalente de impulso, de voluntad, de eficacia; más aún: no es otra cosa que precisamente este impulsar, este querer, este actuar mismo, y sólo puede parecer de otro modo por la seducción del lenguaje (y de los errores fundamentales de la razón, petrificados en él), que comprende y malinterpreta todo actuar como condicionado por algo que actúa, por un «sujeto». Pues, así como el pueblo separa el rayo de su resplandor y toma este último como un hacer, comofectoo de un sujeto que se llama «rayo», así la moral del pueblo separa la fuerza de las manifestaciones de fuerza, como si tras el fuerte hubiese un sustrato indiferente a cuyo arbitrio quedase manifestar la fuerza o no manifestarla. No existe tal sustrato; **no hay ningún “ser” tras el hacer**, el actuar, el devenir; «el que actúa» es una mera invención añadida al hacer; *el hacer es todo.* En el fondo, el pueblo duplica el hacer cuando hace que el rayo brille; es un «hacer hacer»: el pueblo pone el mismo acontecer una vez como causa y luego otra vez como efecto de esa causa.

Los investigadores de la naturaleza no lo hacen mejor cuando dicen «la fuerza mueve, la fuerza causa» y otras cosas similares; toda nuestra ciencia permanece aún, pese a toda su frialdad, pese a haberse liberado de los afectos, bajo la seducción del lenguaje y no se ha liberado de esos íncubos subrepticios: los «sujetos» (el átomo, por ejemplo, es uno de esos íncubos, e igualmente la «cosa en sí» kantiana): no es sorprendente que esos afectos reprimidos y que brillan a escondidas, la venganza y el odio, exploten esta creencia en beneficio propio e incluso, en el fondo, no alienten ninguna otra creencia con más fervor que la creencia en que el fuerte es libre para ser débil y que el ave rapaz es libre para ser cordero: así consiguen el derecho a imputar al ave rapaz el que sea ave rapaz… Cuando los oprimidos, los pisoteados, los violentados, desde la astucia vengativa de la impotencia, se dicen para animarse: «¡seamos nosotros distintos de los malvados, es decir, buenos! Y bueno es aquel que no violenta, que no hiere a nadie, que no ataca, que no devuelve los golpes, que cede a Dios la venganza, que permanece, como nosotros, en lo oculto, que esquiva todo lo malo y exige muy poco de la vida, como nosotros los pacientes, los humildes, los justos»; en realidad, si se escucha fríamente y sin ideas preconcebidas, esto no significa otra cosa que: «nosotros los débiles somos débiles, por supuesto; es bueno que no hagamos nada para lo que no somos lo bastante fuertes»… pero esta amarga realidad, esta astucia de ínfimo rango que poseen incluso los insectos (que cuando acecha un gran peligro fingen estar muertos para no hacer «demasiado»), se ha vestido con las galas de la virtud resignada, sosegada, paciente, gracias a la falsificación y la mentira propias de la impotencia, como si la debilidad del débil (es decir, su esencia, su eficacia, toda su realidad única, inevitable, irredimible) fuese un logro voluntario, algo querido, elegido, un acto, un mérito.

La creencia en el «sujeto» indiferente y capaz de elegir libremente es necesaria para este tipo de hombres por un instinto de autoconservación, de autoafirmación, con el que suele justificarse cualquier mentira. El sujeto (o, para hablar de forma más popular, el alma) ha sido hasta ahora el mejor dogma de fe que ha habido en el mundo, quizás porque hizo posible para la inmensa mayoría de los mortales, a los débiles y los oprimidos de todo tipo, ese autoengaño sublime que consiste en interpretar la debilidad misma como libertad, como un mérito su ser de tal o cual forma.

Responda con la palabra opuesta o con la idea que complementa cada conceptos la ética nietzscheana:

Moral de los esclavos \_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

Voluntad de Poder \_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

Superhombre \_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_-